

## Del “Cancionero de Pancho Martínez” (1818)

ANTONIO ALATORRE

EL COLEGIO DE MÉXICO

*LA COSTUMBRE de los “cancioneros”, esos cartapacios en que los amantes de la poesía —o al menos de los versos— copiaban sus composiciones predilectas, debidas a la pluma de distintos poetas, se remonta a la Edad Media: los viejos cancioneros españoles (lo mismo que los cancioneros portugueses) son hoy joya de ilustres bibliotecas. Estas “antologías personales” se multiplicaron prodigiosamente a partir del siglo XVI. No en todas aparece el nombre del compilador; es lo que sucede con el más célebre “cancionero” mexicano: las Flores de baria poesía, de 1577. La costumbre no se había olvidado en el siglo XX: mi madre, a lo largo de no sé cuántos años, llenó dos o tres libretas con las poesías que le gustaban, copiadas generalmente de manuscritos que le prestaban otros aficionados o aficionadas.*

*Yo poseo un cancionero mexicano compilado en los últimos años de la colonia. Es un libro de bolsillo (10 x 15 cm), con 162 páginas no numeradas. Le falta el comienzo, de manera que se perdió la portadilla, donde solían figurar el nombre del dueño y la fecha de la compilación. Por fortuna, estos datos se encuentran en el cuerpo del librito. En la página [16] se lee “Lunes 12 de Enero de 1818”; y en la página [61] hay una décima equivalente a la conocidísima cuarteta “Si este libro se perdiera, / como suele suceder, / suplico a quien lo encontrare / me lo sepa devolver”. Dice así:*

Hayador sabio y prudente,  
qualquiera que tú serás:  
este compendio volverás  
a su dueño prontamente;  
y ten por cosa ebidente  
del hayazgo has de tocar;  
y si no lo quieres dar,  
decirte tan sólo intento  
que el séptimo mandamiento  
te dirá lo que es hurtar.

Pertenece a D. José Francisco Martínez  
de Espronzeda y Roz

(Rúbrica)

*La décima es, a todas luces, obra del propio señor Martínez de Espronzeda y Roz, el cual debe de haberla encontrado muy digna de quedar escrita, aunque se le haya ocurrido demasiado tarde, pues su lugar hubiera estado en la primera hoja. (El verso 3 muestra lo mal versificador que era. En las composiciones que copia hay no pocos versos demasiado largos o demasiado cortos, aunque no difíciles de corregir. También suele haber saltos de versos, pero esto, naturalmente, no puede corregirse.)*

*En alguna de sus libretas copió mi madre la rima "Volverán las oscuras golondrinas...", pero creo que la mayor parte de lo que copió está ahora en la sombra del olvido: versos quizá de Juan de Dios Peza, o "El brindis del bohemio", o "El violín de Yanko", o poesías de un señor licenciado de Mascota o de un señor cura de Tecolotlán. En nuestro "cancionero", la inmensa mayoría de lo copiado debe de ser obra de contemporáneos del compilador, seguramente mexicanos. En la masa de anónimos sobresalen las redondillas "Revelóme ayer Lui-*

sa...” (de Baltasar del Alcázar) y el soneto “Detente, sombra de mi bien esquivo...”, sin nombre de autor, como todo lo demás.

El manuscrito refleja los gustos del momento. Estamos en la época llamada “neoclásica”, cuyo dios mayor fue Meléndez Valdés. Los metros son los usuales: redondillas, quintillas, décimas, romances de 8 y de 11 sílabas, sonetos, canciones, silvas normales y silvas de pareados (como los “ovillejos” de Sor Juana). Se observan dos vertientes, una culta y otra popular; son testimonio de ésta las glosas en décimas y las seguidillas. El manuscrito refleja también, naturalmente, los gustos “poéticos” del compilador. Son, decididamente, los gustos de un muchacho aficionado a las divagaciones amorosas del momento (con esas damas o “pastoras” llamadas Filis, Licori, Laura, Mirta, Melisa) y aficionado también a lo chistoso y lo ingenioso, por ejemplo esta décima:

No es bárbara !  
ver que aunque , la embidia  
en aquel . que lidia  
se , así el corazón  
Pende esta ?  
de : si no yerra  
que se , así la tierra  
nueva ! esconde  
Tú eres § en donde  
Dios el ( ) cierra

(traducción: “¿No es bárbara admiración / ver que, aunque coma la envidia, / en aquel punto que lidia / se coma así el corazón? / Pende esta interrogación / de dos puntos, si no yerra; / que se coma así la tierra / nueva admiración esconde. / Tú eres parágrafo en donde / Dios el paréntesis cierra”).

*Muestra de los gustos de un muchacho es una piececita teatral como para títeres de cachiporra, llamada Entremés de los tamalitos, que publiqué hace quince años en México en el Arte (núm. 8, marzo de 1985), de donde lo reprodujo Sergio López Mena en su edición de Teatro mexicano, historia y dramaturgia, X: Escenificaciones neoclásicas y populares, 1795-1825 (Conaculta, 1994). Lo mismo vale para ciertas poesías eróticas ligeramente picantes, para el Sermón sobre un texto macarrónico: "Durum et absurdum / tergere cum lapide culum, / sed dulcius mele / tergere cum papele". (donde el predicador exhorta a los feligreses a limpiarse el trasero con papel, no con una piedra o un tepalcate), y para el romance De los muchachos fumadores. Por eso el manuscrito no se llama, para mí, "Cancionero de don José Francisco Martínez de Espronzeda y Roz", sino Cancionero de Pancho Martínez.*

*Confieso que le he agarrado cariño a Pancho Martínez. Mientras mis ojos recorren el manuscrito, con su ortografía un tanto insegura y su esmerada caligrafía, mi imaginación fabrica un retrato suyo. Simpatizo con sus gustos y simpatizo también con su ingenuidad.*

*Para la selección que sigue he hecho cuatro grupos:*

*I. Glosas en décimas. He elegido ocho de las veintinueve que se copian en el "cancionero". No hay solución de continuidad entre ellas y las que aún se hacen en México —sobre todo en Veracruz— y en varios otros países de lengua española. En algunas de estas glosas hace acto de presencia el dios Cupido (que aún sigue vivo en ciertas canciones mexicanas).*

*II. Boleras. Reproduzco todas las que hay en el manuscrito, que son 52. El rótulo boleras abarca no sólo el ritmo de la música acompañante, sino también la hechura de la letra: son seguidillas de siete versos (4 + 3), análogas a "De domingo a domingo / te vengo a ver. / ¿Cuándo será domingo / para volver? // Yo bien quisiera / que toda la semana / domingo fuera". (Pancho Martínez copia también la letra de*

otras canciones del momento, como los versos del Siempre nos vemos y las coplas de La Infausta.)

III. Romances. Los dos que he seleccionado son "poesías de tertulia", que se declamaban en festejos domésticos (como el "Retrato de Lisarda" de Sor Juana). A fines del siglo XVIII y comienzos del XIX estaban muy de moda los "unipersonales", minicomedias (y a veces mini-tragedias) con un solo actor, o actriz. (Uno de ellos es el "Unipersonal de don Agustín de Iturbide", de Fernández de Lizardi.) El Unipersonal de los papeles atestigua el universal gusto por el teatro. De Calderón en adelante, los dramaturgos solían poner en algún momento un largo soliloquio para lucimiento del actor o actriz (por ejemplo el notable discurso de Teseo en la jornada I de Amor es más laberinto). Estos parlamentos, llamados "relaciones", solían imprimirse en pliegos sueltos. En el Unipersonal de los papeles, el declamador da el primer verso de varias relaciones ("Yo, generoso español...", "Yace en la grande Etiopía...", etc.), pero la mayor parte de la pieza es una serie de "disparates" que quieren ser graciosos.

IV. Otras poesías. Reúno aquí unas muestras de metros italianos. Mi sueño es una canción petrarquista de siete estancias, la última de las cuales hace veces de comiato. El primer soneto es doblemente "ingenioso": por su contenido (una adivinanza tremebunda) y por su forma (dos únicas rimas: hijo y padre). El segundo es un "soneto con repetición", artificio inventado por los italianos en el siglo XIV y esporádicamente imitado por los españoles en los siglos de oro, pero que a comienzos del XIX era una rareza. El tercer soneto no necesita comentario.





## [Cancionero de Pancho Martínez]

### I. [GLOSAS EN DÉCIMAS]

*[AMO a un bien tan lisongero,  
adoro a un mal tan esquibo,  
que la gloria de que vivo  
es la pena de que muero.]*

Yo adoro (¡tirana suerte!)  
a una engañosa homisida,  
que aunque finge darme vida,  
tirana me da la muerte.  
Pero yo, si bien se advierte,  
no por sus desdenes muero,  
ni muero porque la quiero  
y en nada aprecia mi fee;  
muero, sí, pensando en que  
*amo a un bien tan lisongero.*

No es, no, mi mayor dolor  
el amar sus ojos bellos  
y que sólo traten ellos  
el burlarse de mi amor;  
ni me atormenta, en rigor,  
su desbío cruel y excesibo,

antes me alimento y vivo  
con su imbariable desprecio;  
por eso, constante y necio,  
*adoro a un mal tan esquibo.*

Adoro tanto a mi bien,  
tan singular es mi amor,  
que idolatro su favor  
y apetezco su desdén.  
¿Quién habrá de crerme, quién,  
que gusto del mal recibo?  
Mas yo amo y, según consibo,  
con gran fundamento infiero  
lo mismo el mal de que muero  
*que la gloria de que vivo.*

No me hace impresión alguna  
el no haber sido admitido,  
que éstos efectos han sido  
de mi estrella o mi fortuna.  
Ni tampoco me importuna  
su desdén cruel y severo,  
porque claramente infiero,

en conquista tan estraña,  
que el saber que ella me engaña  
*es la pena de que muero.*

\*\*\*

*[Determinado me siento  
a aborrecer lo que adoro,  
y en el mismo instante lloro  
mi propio aborrecimiento.]*

Yo amo a una deidad hermosa,  
pero es una ingrata fiera.  
¿Es del alma prisionera?  
¡No es sino sierpe engañoza!  
Es Venus en lo amorosa  
(pero en lo que digo miento):  
es áspid, es león sangriento.  
¡No es sino esmeralda y perla!  
Y entre olvidarla y quererla  
*determinado me siento.*

Es un Cerafín del cielo  
a quien venero muy tierno:  
es mi gloria [y] es mi infierno,  
es mi rabia, es mi consuelo.  
Por amarla me desvelo,  
y como fino la imploro;  
si acaso infiel la desdoro,

yo mismo me contradigo,  
pues me obligo y no me obligo  
*a aborrecer lo que adoro.*

Es mi ansia tan excesiva  
y mi pena tan incierta,  
que quisiera verla muerta  
y en el mismo instante viva.  
Si el amor de ella me priva,  
se me figura un thesoro;  
si la aborrezco, la adoro,  
y al ver su bello semblante  
la aborrezco en un instante  
*y en el mismo instante lloro.*

En fin, no la puedo ver,  
y si la dexo me pesa;  
si merezco su belleza,  
se hace pesar el placer.  
Dejarla, no puede ser;  
estar con ella, tormento;  
olvidarla es sentimiento;  
y aunque es terrible rigor,  
me sirve de más amor  
*mi propio aborrecimiento.*

\*\*\*

*[La carta que te escribí,  
si algunos borrones fueron,*

*son lágrimas que cayeron  
acordándome de ti.]*

Con la ausencia de no verte,  
dulce dueño idolatrado,  
las tristezas que he pasado  
no hallo cómo encarecerte.  
Y pues mi infelice suerte  
me tiene ausente de ti,  
que no te olvides de mí  
sólo te he de merecer,  
y no llegues a romper  
*la carta que te escribí.*

En ella llegué a mostrarte  
cómo, sin tu dulce unión,  
traspasado el corazón  
lo tengo de parte a parte.  
Mi bien, pues, [a] no mirarte  
mis esperanza[s] murieron  
y mis gustos fallecieron  
en esa carta, y en suma;  
mas no culpes a la pluma  
*si algunos borrones fueron.*

Cada letra que escribía,  
dulce hechizo de mis ojos,  
en amorosos despojos  
el alma se desasía.  
Agua y tinta a la porfía  
en competencia se vieron;  
pues aunque borrones fueron,

van de materia distinta,  
porque no son de la tinta:  
*son lágrimas que cayeron.*

En fin, te escribí, señora,  
con letras de amor constante,  
que no olvides a un amante  
que por ti suspira y llora.  
Y tanto el alma te adora,  
que en mi pecho te metí,  
y en la carta que escribí  
caían en cada re[n]glón  
lágrimas del corazón  
*acordándome de ti.*

\*\*\*

*[Adiós, querida que fuiste,  
prenda que tanto estimé,  
espejo en que me miré,  
¡qué mal me correspondiste!]*

Norte de mis pensamientos  
en quien puse mi consuelo,  
toda mi afición y anelo:  
¿por qué das tanto tormento?  
Ya de sentir, ya no siento;  
los disgustos que me diste  
cruales me los ofreciste,

pero estoy a tu mandado.  
Adiós, hechiso adorado,  
*adiós, querida que fuiste.*

Como la pluma en el viento  
ando sin saber de mí,  
hoy aquí, mañana allí,  
sin poder hallar asiento.  
Solo haciendo el sentimiento,  
¿dónde consuelo hallaré?  
Aconségname qué haré  
hoy, más constante en amar;  
cómo haré para olvidar  
*prenda que tanto estimé.*

Comunicar sin decir  
quisiera con mil razones;  
los más duros corazones  
me ayudarán a sentir.  
Pero ¿cómo ha de salir  
lo que en mi pecho anhelé?  
Hoy más constante tendré  
[a la] amante que he perdido,  
que estimo por haver sido  
*espejo en que me miré.*

En aquesta larga ausencia  
no sé qué hiciera de mí.  
Si para infeliz nací,  
al cielo pido paciencia,  
aunque muero con violencia  
pensando que me dixiste  
que sólo a mí me quiciste

y voluntad me tenías.  
¿Es verdad que me querías?  
*¡Qué mal me correspondiste!*

\*\*\*

*[El enamorar sin dar  
es locura manifiesta,  
que todo lo que no cuesta  
es imposible alcanzar.]*

Privando en la sinrazón  
todas las damas están,  
que a los que les *d, an, dan,*  
aprontan un *d, on, don.*  
Aprenden bien la lección  
y la saben deletrear,  
y llegando a decorar,  
declaran por un escrito  
que para ellas es delito  
*el enamorar sin dar.*

Aprenden todo el ba-y-bén,  
esto es sin ningún afán,  
que amantes se *b, an, ban*  
con quien dice *t, en, ten.*  
Dan los pasos sin desdén,  
porque esto nada les cuesta;  
y si uno su amor les resta,  
le dan desdenes de ingrata,  
y así el alcanzarlas sin plata

*es locura manifiesta.*

Si los amantes no dan,  
dicen por no herrar la acción:

“En la mesa *p, on, pon*  
para embiar por *p, an, pan*”.

Han cogido por refrán:

“Señor, yo tengo una fiesta,  
usted vea lo que me presta  
que sea cosa de valor,  
que vale más el amor  
*que todo lo que no cuesta*”.

Infeliz del que se alava  
que está estimado del todo,  
que de que topan un *b, ó, bo*,  
por él se les cay la *b, á, ba*.

El pobre jamás acaba  
de querer enamorar,  
debiendo considerar  
con su discurso severo  
que a una dama, sin dinero  
*es imposible alcanzar*.

\*\*\*

*[¡Hay, mi Dios! ¡Quién fuera gato  
para entrar por la gatera  
y entre las uñas sacarme  
a la hija de la casera!]*

Me miro en gran confusión  
por una niña que adoro,  
pues pensando en su decoro  
se me parte el corazón.

Le tengo grande afición  
metido en tal desacato.

No poderle hablar un rato  
es ancia y es pena atroz,  
y así digo en alta voz:

*¡Hay, mi Dios! ¡Quién fuera gato!*

Las bantanas y balcones  
han de decir con anhelo  
que por verla me desvelo  
por calles y callejones.  
Y con estas pretensiones  
quiero, sin formar quimera,  
con afición verdadera  
conseguir mi pensamiento,  
y ver cuál es su aposento  
*para entrar por la gatera*.

Que imposible tan crecido  
me parece en ocasiones  
no afirmar mis pretensiones  
ni gozar lo referido.

Pero mi amor tan rendido  
busca modos de rodearme,  
y como empiesa a exhortarme  
pensando: “En un brebe rato  
puede benir otro gato  
*y entre las uñas sacarme*”.

En fin, puesto en mi porfía,  
ha de hacer mi pecho alarde;  
sin mostrarme de cobarde  
me he de salir con la mía.  
Y, sin gastar fantasía,  
toda mi afición se esmera:  
metido en la primavera,  
sin temer a los rigores,  
he de sacarme entre flores  
*a la hija de la casera.*

\*\*\*

*[Un cocodrilo te cante  
en la arbolera de un nido;  
un toro te haga pedazos  
sin hallar sombra ni abrigo.]*

Que te despedace un león  
con su ira más velicosa,  
y [que] una espada [fil]osa  
te traspase el corazón.  
Sin ninguna dilación  
te devore un elefante;  
que te machuque un gigante;  
se te caiga encima el cielo;  
y, para mayor consuelo,  
*un cocodrilo te cante.*

Un toro el más velicoso  
de tu cuerpo determine,  
y a tus entrañas se incline  
un vivorón muy hermoso;  
que te caigas en un pozo  
sin que des ningún xemido.  
Pues que me hayas desbalido,  
tirando de sanco en sanco,  
que te apunten como a blanco  
*en la arbolera de un nido.*

Un tigre con su fiereza  
se te tire con su zaña;  
que te coma con su maña  
un lagarto la cabeza.  
Con vala de a ocho, una pieza  
el corazón te haga pedazos;  
que te tiren de valazos  
con esmer[o y] puntería,  
y que en este mismo día  
*un toro te haga pedazos.*

En fin, pues que acabo aquí,  
que veas de la tierra al cielo  
cubierto todo de yelo  
y te coja en medio a ti.  
Pues que me dejas a mí,  
en nada yo me desdigo:  
que te muelan como trigo  
sin que [co]n nada desmayes;  
permita el cielo que te halles  
*sin hallar sombra ni abrigo.*

\*\*\*

*[Se me ha puesto en la cabeza  
que me la quieres pegar,  
pero a ti no se te ha puesto  
el susto que has de llebar.]*

Constante te he de adorar,  
querida del corazón;  
pero si me haces traición,  
mortajas han de faltar.  
Esto lo has de exprimentar  
en rigor y con presteza,  
porque con gran sutileza  
he visto con ojos tiernos  
que me quieres poner cuernos:  
*se me ha puesto en la cabeza.*

Señora, creo que has pensado  
que traigo achuela colgando;  
por lo que yo boy mirando,  
trais el juicio alborotado.  
Según lo que yo he mirado,  
deberías tú de pensar

que al fin me habías de engañar  
al derecho y al rebés,  
pues me da el lazo en los pies  
*que me la quieres pegar.*

Que no saques nueva ley  
he procurado decir,  
porque al cabo has de salir  
raspada como el maguey.  
No te ha de quitar ni el Rey  
la congoja muy de presto,  
pues bastante te he propuesto  
no me quieras elevar.  
¡O, qué buelta te he de dar!  
*Pero a ti no se te ha puesto.*

En fin, no te formo enrredo  
por no mostrarme plebello,  
aunque pretendes en ello  
darme atole con el dedo.  
Eso no te lo concedo,  
bien puedes imaginar;  
porque llegaste a falzear  
en ofenderme, y así  
no me heches la culpa a mí  
*el susto que has de llebar.*

## II. BOLERAS

Pensamiento atrevido,  
    pues intentaste  
amor tan elevado,  
    no hay que quejarse:  
    que esto merece  
quien a los imposibles  
    su amor atreve.

Jardinero de amores  
    fui en algún tiempo,  
y sembrando finezas  
    cogí desprecios:  
    fuerte cuidado  
haber perdido el fruto  
    de mi sembrado.

Cada vez que te veo  
    siento en el alma  
un insendio amoroso  
    que el pecho abraza:  
    ¡Piedad, bien mío,  
que me abrazo en el fuego  
    del Dios Cupido!

Si fue delito amarte,  
    ya lo cometí;  
tú eres el juez, yo el reo,  
    ¡ten piedad de mí!  
    Tengo esperanza  
que como juez y parte  
    verás mi causa.

En tus ojos conozco  
    quando me quieres:  
los pones tan dormidos,  
    que me entretienes.  
    ¡Ay, ojos negros!  
Dichoso yo que muero  
    siempre por ellos.

Tienes ojos que bencen  
    todo imposible,  
pero bencer no pueden  
    que yo te olvide:  
    antes me obligan  
a idolatrarte más  
    quando me miran.

Tus ojos a mis ojos  
han dado muerte,  
y por ser alebosos  
pena merecen.  
No hay ya remedio:  
por verlos me mataron,  
muero por verlos.

Todo aquel que mirare  
ojos tan vellos,  
debe a su dulce fuerza  
rendirse luego:  
porque es preciso  
que a todos nos cautiven  
ojos tan lindos.

Valen más tus ojitos,  
chatita hermosa,  
que el clavel matizado,  
laurel y rosa.  
Y en dulce sueño  
me soñé, dueño mío,  
eras mi dueño.

Si amores yo quisiera,  
tengo a manojos,  
pero tengo en un Ángel  
puestos mis ojos:  
y en esto insisto,  
pues poco más o menos  
ya lo habrás visto.

Bien puedes mirar a otro  
sin miedo alguno,  
pues esto por prudencia  
lo disimulo:  
pero te advierto  
que de vista no pase  
a algún extremo.

Cada rato suspira  
el bien que quiero;  
y yo, como la escucho,  
de pena muero.  
Bien de mi vida,  
más no lloren tus ojos,  
prenda querida.

El robo que me has hecho  
de mis potencias,  
mi corazón te dice  
que se las buevas:  
porque se quejan  
de que tú no las miras  
como son ellas.

Le parece, bien mío,  
a quien te adora,  
las horas en tu cuarto  
un cuarto de hora;  
y los instantes,  
quando estoi de ti ausente,  
siglos se me hacen.

Un día que se me pase  
sin ver tu cielo,  
no hay consuelo que alibie  
mi desconsuelo:  
y de esta suerte,  
no quiero yo la vida,  
sino la muerte.

Quando llegue mi muerte,  
sobre la tumba  
pondrás un epitafio:  
“Mi amor aún dura”;  
que el amor mío  
más allá de la muerte  
tiene dominio.

Mi corazón bolando  
se entró en tu pecho;  
le cortastes las alas,  
se quedó dentro:  
y así, aunque quieras,  
no saldr[á de tu] pecho,  
hasta que mueras.

Fui el altar de tu pecho,  
y vi en sus aras  
unas falsas deidades  
bien colocadas.  
¡O pecho tirano!,  
el perderte o ganarte  
está en tu mano.

He de cubrir mi pecho  
de un velo negro,  
para que nadie sepa  
del mal que muero:  
que si se sabe,  
es preciso, mi vida,  
más pronto acabe.

Idolatro en tus ojos  
como en mi cielo;  
tus ojos son mi echizo,  
por ellos muero.  
Ojos tiranos,  
¿por qué contra los míos  
tiráis los rayos?

Me miras y te miro,  
y es cosa clara  
que, por más que nos vemos,  
no hacemos vaza:  
porque reflexan  
los que contigo viven,  
y no nos dejan.

Los que contigo viven,  
según infiero,  
han conocido el pie  
de que cogo:  
y no me pesa  
de que hayan conocido  
la tal cogera.

¡Qué veloces pasaron  
de mis placeres  
las fugitivas horas  
que nunca vuelven!  
mas no es extraño,  
porque siempre los gustos  
son momentáneos.

Quando sales de casa  
me das pesares:  
dices que sales sola,  
y con mil sales.  
Y quando vienes,  
dices que vienes sola,  
y con mil vienes.

Tu amor, hermosa Clori,  
es como el viento,  
que sopla a muchas partes  
a un mismo tiempo.  
Notable cosa:  
a un tiempo tratas muchos  
y a todos soplas.

Relox mal arreglado  
eres quando amas,  
que a veces te adelantas  
y otras te atrazas;  
y en suma cierta,  
jamás he visto que a[nd]jes  
a las derechas.

Desde que no te quiero,  
hago con gusto:  
ya no podré tener  
temor alguno.  
¡Viva mi dicha!  
Salí ya de quererte,  
veleta niña.

Eres como el cigarro,  
según presumo,  
porque toda te vuelves  
zeniza y humo:  
pues la veleta,  
si el aire no la muebe,  
ella está quieta.

Son los hombres abejas;  
mas vos, mugeres,  
flores que a toda abeja  
franque[á]is mil mieles:  
y con destreza,  
más que flores, los hombres  
vari[á]is de abejas.

El que juega a las damas,  
que pronto coma;  
porque si no, el contrario  
biene y la sopla.  
Y he reflexado  
que una que yo tenía  
me la han soplado.

Arriba de tu puerta  
tengo de fixar  
un letrado que diga:  
"Herrar o quitar".  
El banco digo,  
que yo de suple-faltas  
nunca he servido.

En las concavidades  
de un pecho herido,  
un páxaro estrangero  
quiso hacer nido;  
el qual no pudo,  
porque le halló sercado  
de un fuerte muro.

Te pido, Amor tirano,  
algún remedio;  
tres píldoras doradas  
reseta luego.  
Pero me engaña:  
caida la cascarilla,  
¡quánto me amarga!

En la cilla bacante  
de tus amores  
hay varios pretendientes  
y opositores;  
y yo me inclino,  
si no de propietario,  
aun de interino.

Cresen las amistades,  
y en amor suben;  
se acaban los *ustedes*  
y entran los *túdes*.  
Pero en riñendo,  
buelben como al principio  
los cumplimientos.

Muger y permanente  
son las dos cosas  
que en el mundo se juzgan  
contradictorias:  
porque repugna  
que haya con permanencia  
muger alguna.

Todo aquel que mirare  
con caracteres  
te crerá la más santa  
de las mugeres;  
pero se engaña,  
porque eres ciertamente  
muy buena maula.

No pienses que me engañas  
con tus ficciones,  
porque reflexo mucho  
en tus acciones;  
mas sufro y cayo,  
por que los que nos miran  
no adviertan algo.

Con doble alebe pecho  
mi amor burlaste;  
bien puedo justamente  
de ti quexarme:  
pues inumano  
sólo por un capricho  
ya te has mudado.

Huye amoroso insendio,  
Fabio querido,  
que el fin de los amores  
es el desbío:  
que las mugeres  
es un ente compuesto  
de pareceres.

Por tu amor he sufrido  
muy malos ratos;  
esto y mucho merece  
quien con muchachos...:  
porque acontece  
que quien con ellos duerme  
sucio amanece.

Corazoncito mío,  
bien me decías:  
"Goza el bien mientras dura,  
porque algún día...  
Porque algún día  
se bolverán tus glorias  
melancolías."

Dueño del alma mía,  
no me des zelos;  
mira que tú te espones  
a padecerlos.  
De esto se infiere  
que quien a fierro mata  
a fierro muere.

Dime cuál de estos males  
es más terrible:  
un amor, unos celos  
o un imposible.  
Creo que los celos,  
porque todos los males  
vienen con ellos.

Sólo quiero que quieras  
querer queriendo  
y vivas siempre amando,  
correspondiendo.  
Quiéreme a mí,  
que yo vivo queriendo  
quererte a ti.

Prendas varias te adornan  
recomendables:  
eres común, ingrata,  
falza, inconstante.  
Con fruto vello,  
por eso eres digna  
de todo aprecio.

Los hombres se parecen  
a las abejas,  
que pican de las flores  
quantas encuentran;  
aunque, de paso,  
todas las flores lleban  
su piquetazo.

Eres hombre que a todas  
las apetezes;  
conténtate con una,  
que no son nueces;  
quiere a una sola,  
que árbol con mucha fruta  
no se acomoda.

Acuérdate, mi vida,  
que en la escalera  
me digistes llorando:  
"Por mí no queda".  
Hay, que te quiero  
coger en la cama,  
y no en el suelo.

Acuérdate que llorando  
mi amor te advierte

que te querré constante  
hasta la muerte:  
y esto es tan cierto,  
que si tú me aborreces  
quedaré muerto.

Siempre firme y constante  
mi amor te advierte  
que no podrá mudarme  
la misma muerte.  
Y aquí me quedo  
loco, considerando  
lo que te quiero.

Firme firmé firmando  
lo que confirmo,  
porque siempre é firmado  
lo firme afirmo.  
Y he confirmado  
que lo que firme afirmo,  
yo lo he firmado.

Ay, que te quiero  
para, no habiendo leña,  
prenderte fuego.

### III. [ROMANCES]

#### *De los muchachos fumadores*

Ciertamente es gran pensión  
la que tienen los muchachos  
de no poder encender,  
quando hay gente, su cigarro.

Siempre se handan escondiendo,  
siempre a escondidas chupando,  
y si a alguno ven venir,  
quémanse por apagarlo;

esto es si acaso lo apagan;  
si no, encúbrenlo en la mano,  
mas ¡de qué sirve, si el humo  
luego los va avergonzando!

que es lo mismo que esconderse  
el inadvertido gato,  
que metiendo todo el cuerpo  
se deja de fuera el rabo.

Pues ¿no es ésta grande pena?  
¿No es éste un grande trabajo?  
¿No es una angustia terrible?  
¿No es un molesto cuidado?

Malhaya, amén, quien impuso  
el hacernos tal agrabio,  
que sin duda debió ser  
algún viejo mentecato.

Pues decid, hombre maldito,  
decid, viejo de los diablos,  
¿que te estimuló a que hicieras  
tal perjuicio a los muchachos?

¿Es chupar algún mal vicio?  
¿Es algún delito acaso?  
¿Es alguna culpa grave?  
¿Es algún grave pecado?

Dirás que no, claro está;  
pues si no, ¿por qué a privarlo  
se empeña tu senectud,  
estando tan adoptado?

¿No sería mucho mejor  
el que hubieses inventado  
que chupar, como comer,  
lo usase el género humano?

¿No sería mucho mejor  
que, así como para manos

agua se pone en la mesa,  
se repartiesen cigarros?

Bien podrían hacerlo juntos  
padre, madre, hijos, hermanos,  
sobrinos, tíos, nueras, nietos,  
viejos, suegras y cuñados.

Mas, pues no se ha permitido  
el que así sea executado,  
sigamos leyes del tiempo  
y sus costumbres sigamos:

que el mismo tiempo dará,  
con el curso de los años,  
el remedio a nuestras penas,  
el fin a nuestros trabajos;

y en el ínterin sufrid,  
sufrid, jóvenes; suframos  
apelando al sufrimiento  
hasta que llegue el descanso.

### *Unipersonal de los papeles*

Sólo por usted lo haré,  
porque tengo la caveza,  
como hay aquí tanto ruido,  
como el que tiene xaqueca.  
Lo uno es esto, y lo otro es  
mi poquísima avilencia,  
el no poder pronunciar,  
que se me turba la lengua;

la memoria tan sucinta,  
que no encierro cosa en ella.

Y lo que es más de temer  
son estas malditas lenguas  
que, luego que un pobre mozo  
en el teatro se presenta,

sale uno: “¡Que mala planta!”;  
otro: “¡Se come las letras!”;

[ . . . . . ]

otro: “¡Qué manos tan quietas!”;

otro: “¡Ya se le fue el verso!”

y no advierten que si fueran  
ellos los que allí plantados  
en esta ocasión se vieran,  
quizá no me articularan  
una palabra, ni aun media.

Éstos son todos los machos.

Vamos ahora a las hembras.

Una dice: “¿Quién es éste?”,

y otra le responde, atenta:

“¿No conoces a este mozo?”

Es una mala caveza;

y dicen que tiene gracia;

mas la sal, quando en la iglesia

le bautizaron, ni un grano

le tocó al pobre babieca”,

con que le cortan un sayo

de los pies a la caveza.

Mas, puesto que estas señoras

tanto en que diga se empeñan,

les diré una Relación

muy divertida y muy buena.  
Dios me dé buena memoria,  
Dios quiera no se me pierda.  
¡Vaya, pues, de relación!  
Empieza de esta manera:  
“Yo, generoso español...”  
(no quiero decir aquésta).  
“Invictísimo monarca...”  
(tampoco es ésta muy buena).  
“Yace en la grande Etiopía...”  
(es muy larguísima ésta).  
“Para la mayor batalla...”  
(ésta es toda de guapezas).  
“Entró el príncipe augusto...”  
(ésta es triste, y es tragedia).  
“Al pie de este bello monte...”  
(si no sé palabra de ésta,  
¿para qué la habría empezado?  
¡Ésta sí que ha estado buena!).  
“Hirió la vaqueta el parche,  
sonó el bronce...” (si comienz[a]  
con tanta caja y clarín,  
se alborotará la fiesta;  
con que más vale dexarlo,  
y a otra, que ya di con ella).  
“Hermosísima Mariene...”  
(¡jo, qué relación tan bella!)  
...ya sabes, hermosa mía,  
que adoro a Doña Teresa,  
y supuesto que lo sabes,  
no ha[y] para qué lo refiera.

Sabrás me llamó ella misma  
la otra tarde por la rexa.  
En efecto, salí armado  
con mi espada, mi rodela,  
mi cutó, mi daga, el sable,  
mi capotón, mi montera,  
mis botas, mis pantalones,  
mis pistolas, mi lanterna,  
mi sombrero, mi casaca,  
mis zapatos y mis medias,  
y también [salió] mi perro,  
que llevaba la escopeta.  
Llegué a la calle en efecto,  
y la hallé puesta en la rexa.  
Luego que me conoció  
del bestido por las señas,  
me dijo que entrase adentro.  
Subí por una escalera  
que no la he visto más larga,  
pues tenía una vara y media.  
Entré a una anchurosa sala  
(cierto que era buena pieza);  
de ésta pasé [luego] a otra  
(buena pieza en mi conciencia);  
de ella a otra me pasaron  
(tres piezas ban con aquésta),  
y de aquélla pasé a otra  
(con ésta ban quatro piezas).  
Ustedes tendrán cuidado  
del número de las piezas,  
que importa a la relación.

En fin, pues, de pieza en pieza  
 fui andando más de dos días,  
 hasta la postrera pieza,  
 la qual, fúnebre y confusa,  
 se lamentaba, cubiertas  
 paredes, techos y suelos  
 de tristes vayetas negras.  
 En medio havía... (¡jó, qué horror!)  
 un... ¡todo el cuerpo me tiembla!  
 un... no sé cómo decirlo,  
 un... ¡válgame Santa Tecla!  
 un... en medio está puesto,  
 un... como una cosa fea.  
 ¿Qué sería, qué sería?  
 ¡Qué flaca memoria es ésta  
 que yo tengo! Pero ¡tate!  
 [ . . . . . ],  
 que en el rebés de una carta  
 lo escribí, y ha de ser ésta:

*(Saca de la faltriquera los pa-  
 peles, los ve, y los va tirando).*

Virtudes de la morzilla...  
 Lo que me costó la estera...  
 Lo que importó el remiendo...  
 Mal parto de una doncella...  
 Para que me quieran todas...  
 Virtudes de la zervesa...

[ . . . . . ]  
 Lo que debo en la taberna...  
 (esto ya lo he pagado,  
 que soy hombre de conciencia).  
 Remedio para que un fraile  
 jamás a una casa buelva...  
 [Remedio (?) . . . . . ]  
 para poner a una vieja  
 que aunque tenga noventa años  
 una mozica parezca...  
 La lista de los pecados  
 que confesé esta Quaresma...  
 De la semana pasada  
 cuenta de la labandera...  
 Lista de todas las mozas  
 que se hallan en México nuevas...  
 Papeletas de los toros...  
 Noticias de la Gazeta...  
 De las que en México exercen  
 el oficio de alcahuetas...  
 Las coplas del Bexuquito...  
 Las del Fiscalito nuevas...  
 Varios bercitos de moda...  
 El cartel de la comedia...  
 Éste es un papel que guardo  
 para las cosas secretas.

*(Guárdale)*

El que busco no parece,  
 no le hallo en la faltriquera;

sin duda yo le perdí,  
y quedamos en tinieblas  
para saber lo que había  
en aquella última pieza.  
Será lo que Dios quisiere,

y dexemos de tonteras.  
Y tan ilustre auditorio,  
que su piedad me franquea,  
conceda el perdón de gracia  
a aquel que sus plantas vesa.

#### IV. [OTRAS POESÍAS]

##### *Mi sueño*

Soñaba yo, Melisa  
(ya que quieres saber lo que soñaba),  
soñaba yo [que] en un ameno prado  
andabas tú con prisa  
texiendo de las flores que brotaba  
una guirlanda, y luego con agrado  
(¡oh favor no esperado!)  
con ella frente y sienes me zeñías,  
y con rostro alagüeño me decías:  
“A ti solo entre todos los pastores  
se deben los honores.  
Yo, Delio, por ti muero  
y, en el amor, a todos te prefiero”.  
Con el estraño gozo  
el corazón del centro se salía,  
y al fin me despertó con su latido  
bañado en alborozo.  
Mas luego me acordé que en cierto día  
este favor a Antimio has concedido  
y a mí le has preferido,  
pues le diste de Apolo los honores

por más que murmuraron los pastores.  
Y apenas hube aquesto recordado,  
me volbí [a]l otro lado,  
y con cólera y ceño  
*maldixé la vigilia, alabé el sueño.*

Volbí a quedar dormido,  
y sentado me hallé junto a una fuente  
mirando su murmullo muy atento;  
y estando divertido,  
allí llegaste apresuradamente  
pidiendo de beber, y yo al momento  
un vaso te presento,  
y dices tú con risa y burla mía:  
“No es ésa, Delio, el agua que pedía.  
La sed que yo padesco es amorosa;  
y, siempre codiciosa  
de tus eternos lazos,  
sólo pueden templarla tus abrazos”.

Yo, viendo mi ventura,  
fui a lograrla, los brazos estendidos,  
y cayó de mi mano el frágil vaso  
sobre una peña dura,  
y el golpe me reduce a los sentidos.  
Y buelto bien en mí por este acaso,  
en mi memoria paso  
las veces que esta dicha repetías  
a tu Antimio, y a mí me resistías  
de nueva faz, de religión armada.  
Y viéndote entregada  
en brazos de otro dueño,  
*maldixé la vigilia, alabé el sueño.*

Volví la vez tercera  
a dormir, y soñé que con gran prisa  
tocabas con la aldaba a mi postigo,  
diciendo desde afuera:  
“Abre, no temas nada, soy Melisa  
que me vengo a vivir siempre contigo  
en lazo eterno amigo:  
tendremos ya los dos común el techo,  
el ajuar, el vivir, la mesa, el lecho;  
en uno juntaremos los ganados,  
que con bienes doblados  
y con paz juntamente,  
pasaremos la vida dulcemente”.

Yo, de mi dicha cierto,  
dexo el lecho, dormido, apresurado;  
y deslizando, ruedo la escalera,  
y en el zaguán despierto,  
bañado el rostro en sangre y maltratado;  
y vi que esta ventura (¡oh suerte fiera!)  
imposible me era,  
pues el lazo que a mí me prometías  
tratado con [Antimio] lo tenías.  
Y aunque quedé del sueño mal herido,  
más que de él, ofendido  
de la verdad, con ceño  
*maldixé la vigilia, alabé el sueño.*

Estas dichas soñaba  
en una misma noche, interrumpida  
tres veces. Y aunque el bien fingido era,  
ansioso deseaba  
que ya que sólo el sueño fue mi vida,

mi vida un continuado sueño fuera.  
¡Oh, si siempre durmiera!  
Sólo el sueño me hiciera venturoso.  
Mas pues vivir velando me es forzoso,  
sufrir será preciso tus rigores;  
y al ver que en tus amores  
vanamente me empeño,  
*maldigo la vigilia, alabo el sueño.*

### *Enigma*

Padre de un hijo soy el qual no es mi hijo,  
antes él es mi verdadero padre;  
yo no le he dado el ser y soy su padre;  
él me dio el ser y sin embargo es mi hijo.

Es mi virginidad quien me hace padre  
de quien no fuera de otra suerte mi hijo,  
y es mi paternidad la que me hace hijo  
de quien sólo por ella es mi buen padre.

Soy antes que él, como que soy su padre;  
él [es] antes que yo, si bien es mi hijo,  
y aún mayor que yo, que soy su padre.

Yo moriré antes que muera mi hijo,  
y en lugar que él herede de su padre,  
yo de la herencia gozaré de mi hijo.

[*Mis amigos Alejandro y Matilde  
han hallado la solución: ¡San José!*]

### *Soneto*

Dulce y querida prenda de mi vida,  
vida del alma, por quien tanto pena,  
pena gustosa, de placeres llena,  
llena de perfección, bella homicida;  
    homisida deidad, a cuya herida  
herida el alma se confiesa agena,  
agena de su ser, pues la encadena  
en cadena de amor tu luz vencida,  
    vencida a tus desdenes, gloria bella,  
bella ocasión por quien estoy penando,  
penando entre el desdén, entre el desvelo,  
    desvelo dulce, de mi noche estrella,  
estrella que denota el ser sin cuándo.  
¿Cuándo, mi bien, veré tu hermoso cielo?

### *Otro soneto*

Ufana Laura se veía y contemplava  
en cristalino espejo día por día;  
el cuerpo y rostro hermoso componía  
y el dorado cabello se risaba;  
    en este afán continuo se ocupava  
con gran gozo, contento y alegría,  
y después a la calle se salía,  
donde el airoso cuerpo zarandeava.

Pero, Laura infeliz, ¿quién te dixera  
que, siendo tan gallarda y tan hermosa,  
a ofenderte la Parca se atreviera?

¡O muerte cruel, tirana y engañosa,  
que en el tiempo florido y primavera  
marchita su crueldad la mejor rosa!